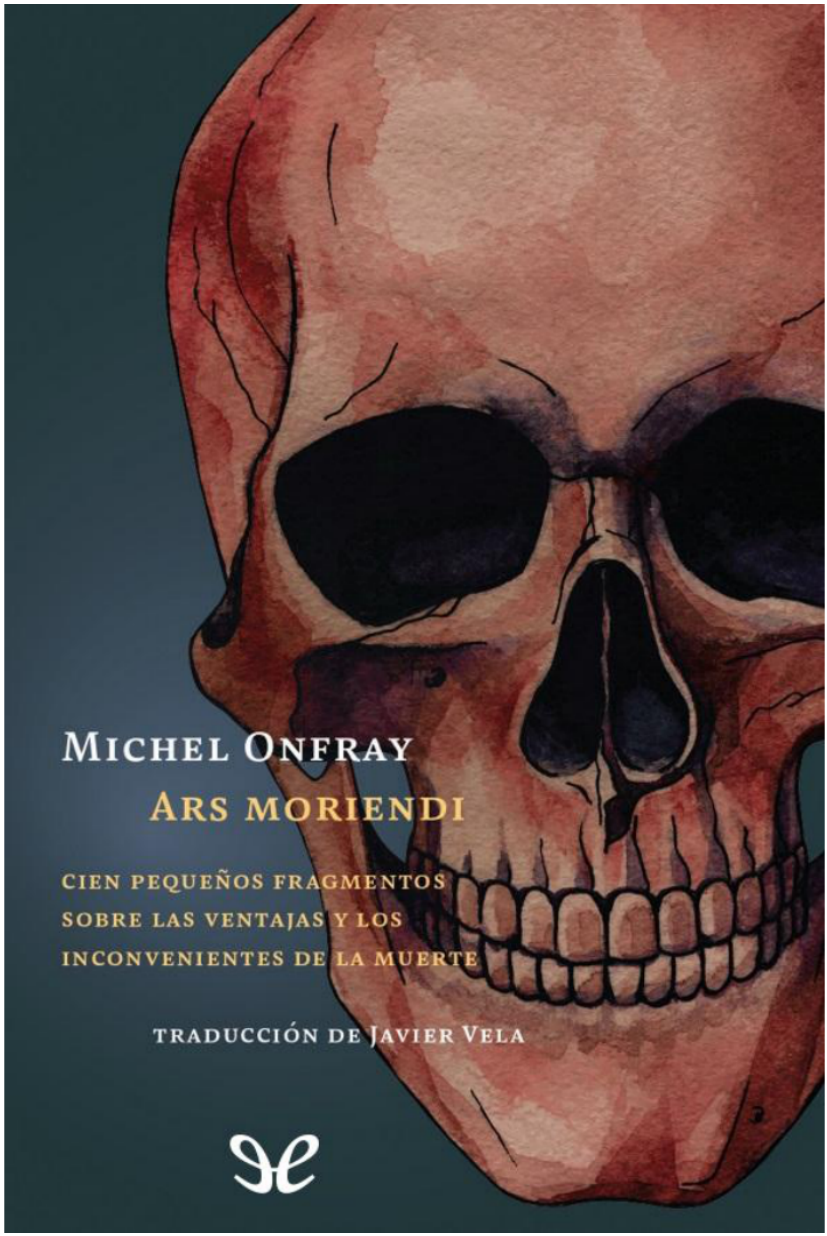

MICHEL ONFRAY

ARS MORIENDI

CIEN PEQUEÑOS FRAGMENTOS SOBRE LAS VENTAJAS Y LOS INCONVENIENTES DE LA MUERTE

TRADUCCIÓN DE JAVIER VELA

Los «Ars moriendi» o «manuales de la buena muerte», compendios de la tradición cristiana surgidos a principios del siglo XV, fomentaban en el moribundo una actitud valiente, pacífica y positiva ante el instante de la agonía, por lo común enfrentado con dosis similares de miedo e incomprensión. Así, con la ayuda de los ángeles y los santos, invocados por las oraciones de sus acompañantes, aquel debía hacer frente a las tentaciones de los demonios a fin de salvar su alma en los momentos de debilidad. Haciendo un guiño irónico a esos textos de origen medieval, Onfray retoma su singular estructura y construye con ella un libro personalísimo en el que se amalgaman insospechadas anécdotas, recuerdos personales, apuntes y aforismos de extraordinaria viveza. Pulsando temas diversos (arte, filosofía, literatura, música, urbanismo) en una libre disposición de fragmentos colmados de obsesiones y confidencias íntimas, Onfray pone al lector ante el abismo de sus propios juicios, invitándole a proyectarse con desenfado en una de las grandes experiencias humanas hasta lograr que lo mórbido, lo macabro y lo patológico vayan desdibujándose bajo una leve sonrisa.

Michel Onfray

Ars Moriendi

Cien pequeños fragmentos sobre las ventajas y los inconvenientes de la muerte

ePub r1.0
Titivillus 23-05-2024

Michel Onfray, 2018
Traducción: Javier Vela

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

En memoria de Jeannette Ruel

Nota editor digital: edición basada en la edición-papel
(cualquier modificación/corrección realizada sobre la edición-papel se indica con fuente roja sobre fondo amarillo)

Cuando alguien muere, los tahitianos dicen que ha ido a contar estrellas y que regresará cuando las tenga todas numeradas

I
LA CABRIOLA DE CHAUSSON

Sea cual sea la carrera que uno prevea desarrollar, llamarse Ernest Chausson[1] siempre lo complica todo. Pero, a lo que vamos, este digno alumno de Massenet que adoraba a César Franck fue a pesar de todo un músico estimable. Su música de cámara combina la elegancia con la pasión, lo que no está nada mal. ¿Por qué hubo de rebajarse también a la práctica de las artes velocipédicas? Pésima idea la suya, porque, al perder el control de su bicicleta mientras descendía por una cuesta, efectuó una cabriola al cabo de la cual halló la muerte.

II
EL ABRIGO DE ARTAUD

Al término de una inauguración que, cada año, funciona tácitamente como una cita social, coincido con André Berne-Joffroy, a quien debemos la introducción de Caravaggio en Francia. Un hombre encantador, además de un conversación deslumbrante, inteligente y divertido. Esa tarde, hablamos de sus encuentros con Caillois, de sus confidencias con Valéry, de sus veladas con Boulez, de su complicidad con Soulages, de su relación con Paulhan. Luego, de Antonin Artaud, quien, según me confía Berne-Joffroy, fue enterrado con un abrigo que en el pasado le había pertenecido a él.

III. LOS MANES [2] DE GÉNOVA

Paseaba por el casco histórico de Génova persiguiendo el recuerdo y la sombra de Nietzsche, Salita delle Battistine arriba. Al cruzar una calle y levantar la cabeza, vi un cementerio repleto de nichos blancos superpuestos. Pequeños y numerosos, estaban flanqueados por vulgares flores de plástico, exvotos y frágiles velas cuyas llamitas vacilaban a merced del viento. La luz del día declinaba acompasándose a la crepitación de esos fuegos fatuos encendidos por la mano del hombre.

IV
EL TRANSI, INSTRUCCIONES DE USO

Deambulando por un diccionario donde buscaba información sobre Andrea del Castagno, descubrí la definición de «transi». La palabra se utilizaba en la estatuaria de la Edad Media y el Renacimiento para caracterizar a las esculturas que representaban a un muerto en estado de descomposición, algo en lo que el arte barroco se recrearía más tarde. El transi se opone al orante, arrodillado, y al yacente, cada uno de los cuales goza por lo demás de tan bellos ejemplos.

No me veo a mí mismo rezando: hace mucho que no practico esa postura. Sí que puedo imaginarme yaciendo, y así es de hecho como escenifico mi muerte; pero tendré que ejercitar más a menudo la gestualidad del transi: la lección de las tinieblas resulta más eficaz.

V
EL SABOR DE LOS GUSANOS

Estaba en una habitación de hotel en Venecia, esperando a un periodista para responder a algunas de sus preguntas. Había estado caminando durante todo el día por las *calles* [3] y había encontrado la plaza de San Zanipolo, el epicentro de la ciudad, muy de mi gusto. Ahora, miraba la televisión distraídamente. Una agitación que no logré identificar a primera vista llenaba la pantalla. Cuando el plano fue abriéndose, se hizo evidente que ese temblor se debía a la aglomeración de gusanos que hurgaban en las cuencas de los ojos de un muerto. Una mujer se mecía adelante y atrás mientras sumergía los dedos en esa masa trémula antes de llevarse las larvas a la boca y empezar a comérselas. La escena acontece en Papúa Nueva Guinea. La locución está en italiano. Mi asombro no tiene nombre. Las imágenes se suceden sin descanso: el sol hincha el cadáver expuesto y forma en él secreciones. Fluye la grasa, la linfa, las materias en descomposición. La afligida rebaña los líquidos putrefactos; se unta el cuerpo y la cara con ellos, luego se lame los dedos. Los gestos se repiten con lentitud, mientras la cámara permanece impasible. Las náuseas me invaden. La ventana está abierta y el olor de Venecia se me antoja sublime.

VI
LA TUMBA DE PAPEL

Me gusta que se pueda llamar «tumba» al género musical o literario que permite expresar la emoción, la fidelidad o la deuda amorosa que uno siente por alguien. Así ocurre con Maurice Ravel, que compuso *Le Tombeau de Couperin* y que ahora escucho de manos de Samson François; así, también, con *Le Tombeau de Mézangeau*, obra del viejo Ennemond Gaultier, al que Hopkinson Smith presta la melancolía de su laúd; o con Denis Gaultier, que escribió una alemanda grave, *Le Tombeau de Monsieur de l'Enclos*, seguida de una consolación dirigida a los afines del difunto, todo ello interpretado por un instrumento veneciano del siglo XVII. En estos tiempos nuestros de odio y desprecio, ¿quién osaría ensayar una «tumba» sobre quién, excepción hecha, quizá, del libro consagrado por Gilles Deleuze a Michel Foucault, su amigo?

VII
AMISTADES ESTELARES

Leo en el obituario de 3 de enero de 1991 publicado en *Le Monde*: «El 3 de enero de 1889, en Turín, Friedrich Nietzsche pasa al otro lado». Se conmemora así la locura del filósofo. Sigue una cita: «Si algún día mi sabiduría me abandona, que mi orgullo pueda al menos continuar volando con mi locura. *Así habló Zaratustra*». A renglón seguido, el nombre que firmaba el singular homenaje.

Por lo que a mí respecta, tuve presente a Nietzsche durante todo el día, recordando que fue en aquella fecha cuando sufrió el colapso que le llevó a la muerte.

Entré en contacto con el autor de la nota, quien me escribió de vuelta. Desde entonces, nos contamos nuestras vidas.

VIII
LOS ALIMENTOS CELESTES

Para alcanzar la unión última con una persona a la que amase excepcionalmente sería capaz de incorporar sus cenizas a mis alimentos y nutrirme de ellas.

IX
UNA HERMOSA TARDE

Era un domingo ardiente. El aire danzaba en el campo y mi amigo, su pareja y yo nos dirigíamos hacia una estación desde la que podríamos fácilmente llegar hasta la subprefectura[4]. Se trataba tan sólo de familiarizarnos con el viaje, de ver pasar el tiempo, de entregarnos al juego de los susurros en la luz del verano. Vivíamos en un caserío abandonado. Yo tenía apenas veinte años y esos eran sin duda los meses más bellos de mi existencia: libertad absoluta, completa independencia, noche y día confundidos en una misma amalgama de vinos y de libros. En el camino, cerca del paso a nivel, vi a un hombre inclinado sobre su mujer, que yacía sobre la hierba de la cuneta. Las vacas del rebaño que ambos pastoreaban habían terminado por dispersarse, abandonadas a su libre albedrío. Llegó un médico al punto. Le buscó el pulso, desviando los ojos. Al fin levantó la vista, miró de hito en hito al hombre, gordo, sucio, la ropa toscamente remendada, y le anunció que su mujer acababa de morir. Ataque al corazón. Creo recordar que, mientras el hombre lloraba, el rostro de su mujer lividecía. La tarde era insolentemente hermosa.

X *MOTHER*

Imaginemos un pequeño cementerio en las Ardenas y una anciana que ha perdido ya a dos de sus hijos. Ruega que la bajen a la fosa del panteón familiar para limpiar los huesos de ambos a fin de poder mezclarlos. La hija se llamaba Vitalie; el hijo, Arthur. El nombre de soltera de la anciana era Cuif; el de casada, Rimbaud.

XI
EL SEXO DEL DESOLLADO

Jean-Honoré Fragonard pintó magníficas escenas galantes, libertinas y festivas. Se entregó tanto a Eros como su primo, el anatomista Honoré Fragonard, a Tánatos. Honoré recorría las horcas, los cementerios y los depósitos de cadáveres para recuperar los cuerpos con los que componía sus hoy célebres figuras desolladas. Sus carnes secas se recubrían de barniz, haciendo así que los músculos sobresaliesen. Con jeringas y bombas inyectaba ceras líquidas de color en venas y arterias. La solidificación se acompañaba además del licuado de los tejidos grasos. El sistema vascular afloraba entonces como subrayado, dibujado. Se dice que algunos monos que sirvieron de modelo al pintor terminaron bajo el bisturí de su primo. Corren rumores de mayor calado, algunos de los cuales pretenden que el inmenso «Jinete del Apocalipsis», conservado en la Escuela Nacional de Veterinaria de Alfort, fuese conformado a partir del cadáver de su amada, muerta al haber tenido que enfrentarse a la negativa de sus padres ante el proyecto de casarse con él. Prendado de su amor, el anatomista habría desenterrado a la joven para ofrecerle la inmortalidad de las ceras y los desecantes. Pero, ay, la historia no es tan romántica, pues se ha verificado que el jinete está dotado de atributos viriles, ciertamente amputados, tallados y redimensionados para favorecer el ensamblaje, pero no por ello menos presentes. Y a nadie se le escapa que Honoré sólo rendía culto a Venus.

XII
LA TAPA DEL ATAÚD

Novodévichi, en el cementerio en el que están enterrados Gógol, Chéjov, Scriabin, Prokófiev y Jrushchov. La luz desciende como tamizada por las trémulas ramas de los árboles acariciados por el viento soviético. Silencio y recogimiento. Los rusos son dignos y circunspectos. Caminan dando la impresión de llevar a cuestas el peso del destino. Me atraen las voces graves y profundas que hacen vibrar el aire y nos pulsan el vientre. La iglesia está repleta de oropeles, de incienso y de un frescor que transforma la luz en paz. En la entrada, se forma un grupo compacto que se deshace enseguida para rearmarse luego al ritmo de las llegadas y las salidas. Todos se inclinan sigilosamente. Hay un cuerpo expuesto en un ataúd. La tapa, decorada con colores diversos, descansa en alto sobre los escalones del edificio. Recobro el aire con asombro: ¿he visto bien el cadáver? A mediodía, visitando otro monasterio, me encuentro por segunda vez con la muerte en las mismas circunstancias.

XIII
PERFUMES CADAVÉRICOS

La descomposición ataca primero los párpados, los labios, el abdomen y el escroto. Luego los flujos, sean líquidos o gaseosos, se abren paso por todos los orificios y vehiculan bacterias en putrefacción. Los profesionales de la muerte hablan de circulación póstuma. A quien desee fungir de químico aficionado, le bastará mezclar metano, gas carbónico, nitrógeno, ácido sulfhídrico y trimetilamina para obtener los miasmas. En cuanto al alma, más le valdría ser inmaterial antes que desprender tales putrefacciones.

XIV
SUICIDAS ACUÁTICOS

Los filósofos rara vez se suicidan; prefieren hablar largo y tendido acerca de la muerte voluntaria, lo que de alguna forma les exime de llevarla a la práctica. Su primera presa es Empédocles, quien se arrojó al Etna —volcán que, por otra parte, lo aceptaría todo del presocrático, excepción hecha de su sandalia—. En adelante, escasearán los suicidas. En Bretaña, sin embargo, en la ensenada de Yffiniac, Jules Lequier emprende una experiencia metafísica, digamos místico-teológica: decide nadar mar adentro confiándose enteramente a Dios, quien, si alberga en sí la bondad que se le supone, le salvará de la muerte. ¿Es Dios un ser benévolo o cruel? Cuanto menos, se muestra negligente, al permitir que el desgraciado se ahogue el 11 de febrero de 1862. Es el año en que nace, en el norte de Francia, otro filósofo: Georges Palante. Y no será lejos del lugar en el que fue encontrado el cuerpo de Lequier donde Palante se suicidará, un 5 de agosto de 1925, cansado de las miserias de la vida.

XV
EL OLOR EN LA PINTURA

Visitando la exposición sobre las *Vanidades en la pintura del siglo XVII*, en Caen, me detuve ante el lienzo de un pintor veneciano, Pietro della Vecchia. Su título: *San Francisco de Borgia ante el cadáver de Isabel de Portugal*. Ciertamente, Isabel fue en otro tiempo una mujer hermosa, y digo en otro tiempo porque, en dicha escena, su rostro se nos presenta arruinado por la descomposición. En el féretro, la emperatriz aparece como el producto de un compostaje obtenido con telas exquisitas, hermosas joyas y carne ya putrefacta. Debe de desprender un olor muy fuerte ya que, a su lado, un personaje se tapa la nariz para no inhalar los miasmas que se liberan del cuerpo exánime. Los exégetas ven en ello un gesto de ironía, una intención satírica al estilo de la comedia del arte. Yo veo más bien la terca voluntad didáctica del pintor y de sus patrocinadores, clérigos todos ellos: el hedor del cadáver es la invitación a sumergirse en las aguas lustrales. Trabaja por tu salvación y, para ello, permanece aquí abajo *perinde ac cadáver*. [5] La lección es siempre la misma, y en todo tiempo encuentra sus adeptos.

XVI
SANTOS CADÁVERES

Si por casualidad, lector, buscas un método para distinguir a los santos de los pobres pecadores, olfatea sus cadáveres: los santos huelen bien, mientras que el resto emana un fuerte olor a humedad. Si huele a violeta o jazmín, rosa o reseda, y no a orina y heces, se trata sin duda de la carne bienoliente de un justo. San Juan y san Gervasio, por ejemplo, exhalan como un aroma de ramillete de hierbas que hace pensar en la conjunción de varias especias —artemisa y canela, pimienta y jengibre, comino y azafrán, hinojo y chile—. Por lo que respecta a Teresa de Lisieux, su cuerpo no dejó de oler a rosas mientras estuvo en vida, lo que a priori sería una buena señal. Sin embargo, los químicos aseguran que en el olor a rosas se encuentra, bien que en pequeña concentración, el escatol, una fragancia habitual en los excrementos. Los científicos no respetan nada. Decididamente, la fe y la razón nunca podrán reconciliarse. Pobre Teresa y sus olores sospechosos.

XVII
UNA SOLA CARNE

Rembrandt pintó sus dos lecciones de anatomía, la que se conserva en La Haya y la que puede verse en Ámsterdam, como el buey desollado que se expone en el Louvre. Bajo la piel, la carne al aire libre. Parodiando la tesis materialista —después de todo, Spinoza no está lejos—, me atrevería a proponer un nuevo teorema: no existe más que una sola carne modificada de diversas formas. Para obtener una copia certificada, diríjase a: La Mettrie. Y que éste me perdone la impertinencia.

XVIII
LA RELIGIÓN DEL PUÑAL

Siento una pasión especial por Charlotte Corday, quien con tanta determinación practicase lo que Michelet llama la «religión del puñal». Por otra parte, los girondinos me resultan más simpáticos que los montañeses, demasiado místicos, demasiado religiosos todavía y no lo suficientemente desencantados. Charlotte conduce su tiranicidio como si se tratase de una tragedia romana, y lo cierto es que todas las mujeres que practican esta virtud político-estética se me antojan magníficas: Cécile Renault contra Robespierre —aunque la policía revolucionaria impidiera su paso al acto—; Vera Figner contra Alejandro II; Fanny Kaplan disparando a Lenin. Dar muerte a quienes la dispensan sin vergüenza no deja de tener gracia.

XIX
ANATOMÍAS EXPRESIONISTAS

Herbert Boeckl pinta a sus cadáveres sobre mesas de disección. Sus cuerpos de color cetrino, crudos bajo la luz, son hurgados por médicos demiurgos o demoníacos. Para describir estas carnes enfurecidas, pienso en otro médico, Gottfried Benn, cuyos poemas expresionistas se encuentran entre los más bellos de la lengua alemana. No lejos de las pinturas de Boeckl aparecen las acuarelas de Adolf Hitler. La exposición revisita la Viena de fin de siglo.

XX
EL CRÁNEO DE MI INFANCIA

En la escuela primaria, era consciente de que existía todo un mundo separado de mí por las vitrinas de un armario que se elevaba hasta el techo. Nuestra pequeña aula estaba dividida en dos: delante de mí, la maestra, la pizarra y la palabra experta; a mis espaldas, un mundo diverso, múltiple, hecho de serpientes enfrascadas, de amonitas polvorientas, de insectos clasificados con un alfiler en cajas protegidas por placas de vidrio. Y de un cráneo humano cuyas órbitas vacías parecían mirarme sin cesar. De color amarillo arena, misterioso, arrastrado hasta allí no sabía cómo, aquel objeto me daba la impresión de estar vivo: risas cazadas al vuelo, maxilares crispados, rictus o muecas sarcásticas. Algún tiempo más tarde, mientras visitaba la escuela con mi antigua maestra, su ausencia logró inquietarme. Ella me hizo saber que, ahora, más valía cuidarse de los efectos que aquel cráneo podía producir en los niños. Temían traumatizarlos, por lo que habían resuelto escamotearles la imagen de la muerte. Luego abrió de par en par las puertas del armario y me descubrió el lugar donde se ocultaba el cráneo —que sonreía con la misma desenvoltura de entonces— antes de regalármelo. Un regalo valioso donde los haya. Se lo ofrendé, tanto más por tratarse de tan preciado objeto, a alguien a quien sabía fascinado por la figura de Hamlet.

XXI
EL ONANISTA Y LA DIFUNTA

Cada vez que paso por el número 85 de la parisina rue de Rennes, recuerdo que, con toda probabilidad, Georges Bataille llegó a masturbarse ante el cadáver de su madre. Ella descansaba entre dos velas y su hijo alternaba las lágrimas y los gritos, apareciendo en la noche, descalzo, y deshaciéndose de su pijama antes de inundar el cadáver materno. Cinco meses después, Georges Bataille fue padre de familia.

XXII
EL ORIENTALISTA Y EL CARDENAL

¡Divina familia Daniélou! Aporta a la causa espiritual dos de sus hijos. El primero, Alain, es orientalista y ha propuesto una excelente traducción del *Kama Sutra*. Convertido al hinduismo, enamorado de los chicos, es autor de textos cuya sapiencia se ignora todavía en Occidente. El segundo, Jean, el cardenal, acude más a los Padres de la Iglesia que a los manuales eróticos. Así y todo, es el cardenal quien encuentra una muerte súbita en la habitación de un burdel. En un acto de generosidad y amor al prójimo, la prostituta, dirá la versión oficial, había recogido al dignatario vaticano en la acera, donde un ataque al corazón, sin conexión alguna con su lascivia, lo había dejado en el sitio. Solo un Bataille habría buscado el éxtasis místico por vías naturales, en ningún caso un corresponsal de la Santa Sede.

XXIII
EL CUERPO DE CRISTO

La descripción con que Joris-Karl Huysmans aborda el retablo de Grünewald no puede compararse salvo a la pintura en sí —dos obras maestras—. El escritor profiere, ese es su estilo, un aullido mental ante la tierra de ultrajes en la que se levanta la figura crucificada de Cristo. «La carne se hinchaba —escribe—, azulada y como si exudase salitre, moteada de picaduras de pulga, punzada como con agujas por las puntas de las varas que, pese a haberse quebrado bajo la piel, la llenaban aún de astillas por todas partes». La herida del costado es fluvial; la sangre, parecida al jugo oscuro de las moras; las piernas torcidas se ahuecan: serosidades, sueros; los pies putrefactos se verdean en oleadas de sangre; la carne brota; las uñas tienen forma de cuerno azul. En su rostro, la boca se abre y se ríe «con su mandíbula contraída por temblores tetánicos, atroces». Las ropas de la Virgen son de un amarillo que se transforma «en el verde afiebrado de los limones no maduros». Del maestro, Huysmans escribe: «Nunca antes un pintor había elaborado de tal forma el osario divino ni empapado tan brutalmente el pincel en las capas de los humores y en los frascos sangrientos de los agujeros». Suciedad, sanies, escupitajos, mugre, eclampsia, sangre, pus y podredumbre —el cuerpo de Cristo es carroña.

XXIV
EL CERDO METAFÍSICO

Cuando era niño me encantaba el río Dives, que pasa por mi pueblo natal. Iba hasta él para alterar el flujo constante y mesurado de sus corrientes, construyendo con los pies en el agua pequeñas cascadas y presas de contención. Para llegar allí, tenía que pasar por la trastienda del charcutero, donde, cada semana, solía llevarse a cabo la matanza de un cerdo a menudo reticente, siempre sacrificado. El hijo del comerciante, el matarife, era boxeador en sus ratos libres —afición esta sin vinculación alguna con la matanza, a mi entender—. Con expresión de júbilo manifiesto (sus ojos brillaban como debían de hacerlo los de Sansón), levantaba la maza sobre la cabeza del animal y asestaba el golpe con una violencia no contenida. En el mejor de los casos, una erupción de sangre brotaba del cráneo quebrantado del animal, que se desplomaba entre alaridos, agitándose en un charco púrpura. En el peor, el golpe no bastaba y el cerdo emprendía la huida, atravesaba una estancia de olores desabridos y en la que colgaban ganchos amenazantes, salía enfurecido y, ebrio de dolor, se lanzaba de cabeza contra la alambrada de púas que separaba el vecindario de un terreno aledaño sembrado de manzanos. Allí, enmarañado entre alambres que seguían desgarrándolo, continuaba chillando antes de que el carnicero le diese alcance a la carrera, soltando improperios y con el delantal manchado de sangre. La maza volvía al ataque: dos o tres golpes de una brutalidad absoluta terminaban por derrotarlo y el cerdo caía muerto. Faltaba un Blaise Pascal en las inmediaciones para elaborar con ello una hermosa imagen destinada a mostrar la miseria del hombre sin Dios —o la felicidad del cerdo en un mundo en el que no existiesen los charcuteros.

XXV
EL DEDO DE MI PADRE

En aquel tiempo, me fascinaba la mano izquierda de mi padre: ancha, fuerte, poderosa, como se podría ver en un lienzo de Picasso o de Léger. Mano de trabajador, de obrero agrícola; era como una herramienta que podía romperlo todo. Al menos así me la imagina yo entonces. Recibí de ella dos bofetadas en toda mi existencia. Me voltearon la cara, dejando en ella una expresión atónita, pues contradecían el temperamento natural de mi padre, que obedecía de tal modo a una indicación de mi madre cuyo propósito era tratar de aplacar (sin saber cómo hacerlo) mi tendencia a desobedecerles. Pero, si la mano izquierda de mi padre me desconcertaba, era sobre todo porque sólo tenía cuatro dedos: el meñique había desaparecido, aplastado durante la guerra entre una carretilla y un muro, en el último tramo de la carrera, feliz a pesar de todo, de un caballo desbocado contra el que nada pudo hacer. ¿Dónde está hoy el dedo de mi padre? ¿Dónde se encontrarán las tres falanges de aquel dedo perdido?

XXVI
EL SEXO COLGADO ALREDEDOR DEL CUELLO

La mafia no hace las cosas de cualquier modo. Se cobra vidas humanas, es cierto, pero no ignora el metalenguaje o la retórica de sustitución implícita en el asesinato. Que no se tome al mafioso por un tonto: asesinando, cuenta; matando, narra. Cada cadáver lleva consigo los signos con los que se hace posible comprender por qué está en ese estado, más bien muerto que vivo: el mal geógrafo que cace en tierras ajenas e intente hacer reinar su ley en un barrio que no es el suyo será considerado como un ladrón y, como tal, verá su mano cortada y colocada sobre su pecho; al francotirador, al fino arcabucero que haga uso de su talento para eliminar a un amigo de los mafiosos se le arrancarán los ojos y se le depositarán en el puño cerrado de una de sus manos; al lascivo incapaz de resistirse a los encantos de una esposa abandonada por su marido, por verse este entre rejas, se le amputará el sexo y se le colgará luego en bandolera alrededor del cuello. Que comprenda quien pueda, aunque no hayan de escatimarse esfuerzos en el empeño de dejarlo bien claro: el mafioso es un hombre de honor; detesta el robo, la traición y el adulterio. A cambio, gusta especialmente de las metáforas corporales: el desmembramiento al servicio de la ética.

XXVII
EL CANICHE Y EL TESTAMENTO

El testamento es una llamada al orden, una broma postrera, un último capricho —extraño modo de hacer eco, *post mortem*, a una palabra incapaz de ser dicha—. Resarce y exaspera, hastía o sorprende, fastidia y compromete. Permite, *in fine*, conocer cuál era realmente el sentir del desaparecido y su disposición anímica respecto a tal o cual persona. ¡Ah, la delicia de pulsar una esperanza frustrada en el heredero putativo! Perjudicar por última vez a aquellos cuya maldad es grande, he ahí un placer sutil. Schopenhauer, que durante toda su vida no dejó de fustigar a la humanidad, hizo de su caniche Atma —el alma del mundo, para los orientalistas— un legatario universal a la medida de su misantropía.

XXVIII
EL CUERPO DE LA AMADA

Con las primeras luces del amanecer, aquellas que retienen el asombro tras las noches de insomnio y sacrificio, demasiado proclives al despliegue de los bajos instintos, se impone de inmediato pensar en «Una carroña» —medicina pesada, psicología eficaz—, el poema de Baudelaire. La masa ahora putrefacta fue en su día una forma hermosa y seductora; hoy, tiene el vientre lleno de exhalaciones y desprende un hedor que hace perder la conciencia: «*Las moscas zumbaban sobre ese vientre podrido,/ Del que salían negros batallones/ De larvas, que corrían como un espeso líquido/ A lo largo de aquellos vivos harapos.// Todo lo cual descendía, subía como una ola/ O se precipitaba burbujeando;/ Se hubiera dicho que el cuerpo, hinchado por un soplo incierto,/ Vivía multiplicándose*». Las formas se desvanecen, la podredumbre hace chisporrotear la carne. Una belleza extinta no es más que un sueño, y todo entonces se antoja vano. De aquella noche destinada a los abrazos, a ese día venidero consagrado a la repulsión (si no al remordimiento).

XXIX
LA NARIZ DEL PRÍNCIPE

Para las páginas que había de escribir sobre la historia de mi pueblo natal, tuve que leer un día varios documentos relativos al cerco de Falaise en Chambois, en agosto de 1944. Los combates de las fuerzas aliadas contra los nazis, decididos aunque desesperados, dejaron cientos de cadáveres. En un lugar denominado «el corredor de la muerte», la carroña de hombres y caballos llegaba a amontonarse, en según qué zonas, hasta en tres capas de espesor. Mi padre me refirió cierta vez el calor excepcional de aquel mes estival y el hedor que se expandía por todo el pueblo. Se sabe que el príncipe Juan de Luxemburgo, que sobrevolaba el terreno, se vio obligado a tomar altura para zafarse de los miasmas que ascendían hasta abrumarle.

XXX
EL CAFÉ DEL INSTITUTO

Al pasar junto al Instituto Médico-Legal, a orillas del Sena, imagino el trasiego y la manipulación de vísceras que tiene lugar a diario tras los muros de ladrillo. El café que está justo enfrente es conocido como el Bar del Instituto. Recuerdo un pueblo, en la campiña normanda, en el que las funerarias se ubicaban frente a un bistró. En un cartel, podía leerse el mensaje: AQUÍ LA CERVEZA ES MEJOR QUE ENFRENTE.

XXXI
UÑAS Y PELOS

Platón ya se excitaba con la cuestión de las uñas y los pelos. ¿Poseen una existencia inteligible? ¿Pertenecen al mundo ideal de las esencias puras? ¿Fragmentos de uña y cabello lindando bajo formas ideales con lo Bello, lo Justo y lo Verdadero? Si ese fuera el caso, más valdría perder la esperanza en la metafísica. Bien que ignorándolo todo sobre Platón, el pueblo humilde se ha preocupado también por el asunto. Como materialistas superficiales que son, los filodoxos[6] afirman que la uña y el pelo poseen sin lugar a dudas una naturaleza autónoma dado que siguen creciendo después de la muerte. ¡Ni hablar! Platónicos y filodoxos se equivocan. Es la piel la que, deshidratándose, se encoge, pierde su elasticidad, deja al descubierto la lúnula y se hunde en dirección al folículo.

XXXII
SEMILLA DE MANDRÁGORA

La imaginación es rica en falsas genealogías seminales, aunque estas sólo enardezcan los juegos pirotécnicos del intelecto. Circula por ahí la idea de que la mandrágora florece al pie de las horcas, donde el esperma vertido por los ahorcados —a quienes se atribuye el privilegio de una última erección ocasionada por la presión del lazo de la soga, una falacia esta indispensable, por otra parte, para el despliegue de la fantasía— fecunda la tierra. ¿Qué clase de amante le regalaría a su amada un ramo de flores semejante?

XXXIII
POMPAS FÚNEBRES

Del *Réquiem* de Jean Gilles, me gustan sobre todo sus primeros compases confiados a la piel de los instrumentos de percusión. Solemnes, secos, rítmicos, debían de acompañar de forma espléndida la llegada del ataúd antes de dar inicio a las pompas fúnebres. A los mecenas no les gustó la obra. El compositor se reservó para sí el disfrute, si se puede decir así, y el usufructo. La misa fue ofrecida por vez primera con motivo de su entierro.

XXXIV
¿MOMIA O CELLINI?

Pude visitar «Moscú la chocha»[7] cuando aún era soviética y estaba sumida en el culto a Lenin, ese sileno con cara de fauno que no tenía ningún otro aspecto en común con Sócrates. El centro de la URSS era entonces Rusia, cuyo centro era Moscú, cuyo centro era la Plaza Roja. Y en medio de todos esos centros había un mausoleo, una cripta. Hermoso símbolo. En el centro de este epicentro está el cuerpo embalsamado del bolchevique. Guardia de honor, con la dosis de pompa correspondiente, quintaesencia del arte marcial: el cementerio privado permanecía bajo una fuerte vigilancia. Nos apresurábamos desde todas partes del mundo para visitar el cadáver embalsamado: el ataúd de cristal era el objetivo ideal de un viaje de bodas, o de una escapada del comité de empresa. Yo tenía el tiempo justo, así que opté por acudir al museo y me salté el almuerzo aún más heroicamente si cabe. Quería ver las pinturas de Matisse. Pero me enamoré de un bronce de Benvenuto Cellini. Y el viaje a Florencia que realicé más tarde en modo alguno fue ajeno a aquella decisión. ¿Qué habría ocurrido en caso de haberme inclinado por la momia?

XXXV
ATAÚDES DE BARRO Y HIELO

En Dinamarca, se ha encontrado en el barro de un pantano a un hombre en buen estado de conservación cuyo cadáver parece haber estado unos diez siglos sin corromperse. Una autopsia reveló que había ingerido bebidas y alimentos alucinógenos antes de ser conducido en barco, con el propósito de ser sacrificado, hasta el lugar donde finalmente lo hallaron. Existe un compañero de infortunio: otro cadáver descubierto hace poco en los glaciares alpinos. Barro verde y hielo translúcido para fabricar hermosos ataúdes, no menos efectivos que los de madera. Olvidémonos por el momento del roble, que sólo es bueno para dar bellotas.

XXXVI
CULTURA DE RELIQUIAS

Era yo monaguillo cuando el obispo vino, con sus disfraces más escogidos y sus mejores galas, digamos, a consagrar el nuevo altar. Reparé entonces en que todas esas superficies destinadas a la celebración de la Última Cena tienen, en su espesor, una reliquia incrustada. Cada altar es un sarcófago, un cementerio, un osario. Allí donde es posible, el cristianismo venera la muerte, le da sustento, la ama. Al menos, tanto como odia la vida.

XXXVII
LOS DOS VIOLONCHELOS

En casa de Schubert, los domingos, durante las sesiones de música de cámara, era su padre quien sostenía el violonchelo. A fin de que Franz se atreviese a componer para dicho instrumento, sería necesaria la conjunción de varios factores: la muerte de su progenitor; luego la de Beethoven, a quien admiraba y temía hasta el punto de no poder lanzarse a escribir para un registro en el que el solitario genio de Heiligenstadt sobresalía a ojos vistas; finalmente, quizá también la inminencia de su propia muerte, que se producirá unos meses después del punto final del quinteto D.956 —para dos violonchelos.

XXXVIII
EL FILÓSOFO CRIMINAL

La obra entera de Sade es una variación sobre el tema del sufrimiento y más particularmente del crimen: mil y una maneras de matar refinando los placeres y los suplicios —pese a que, a la postre, el marqués no hiciese daño a una mosca, dejando al margen algunas pocas fustigaciones en connivencia con mujeres de vida alegre—; Georges Bataille hace girar toda su existencia en torno al sacrificio humano, a una comunidad fundada en la sangre de una ejecución —pero cuando, según se rumorea, Colette Peignot se le ofrece para consumar el acto sacrificial, termina por recular, contentándose con el concurso de un mono—; Artaud y Genet se conformaron asimismo con transgresiones de andar por casa —hasta el punto de que el último obtuvo la medalla de las Artes y las Letras—; fue Louis Althusser quien asombró y tomó a todo el mundo por sorpresa estrangulando a Hélène, su esposa, sin haber dado aviso en ninguna de sus obras previas —ya que se contentaba con repetir que la Historia no era más que un proceso sin sujeto ni fines—. Después de este trance homicida, el filósofo se convertiría en un sujeto sin juicio. **[8]**

XXXIX
EL ASESINATO POR PODERES

Los intelectuales se muestran fascinados por los criminales, pero a distancia, como un objeto de estudio, de análisis, o como un vivero de gestos estéticos. Lacenaire suscita el interés común; Pierre Rivière fascina a Foucault; Marie Besnard atrapa; Violette Nozière estimula a los surrealistas; Heliogábalo es un ángel caído, padre rebelde de Lucifer, el portador de luz que prefirió desobedecer, la figura última de la libertad.

XL
LA INDUSTRIA NAZI DE LA MUERTE

La solución final se nos revela como un conjunto de tendencias afines donde convergen la ideología antisemita llevada a su paroxismo y los procesos capitalistas en toda su altivez, eficaces y cínicos: fábricas diseñadas, pensadas, producidas, construidas para dispensar muerte. El mayor número de muertes en el menor tiempo y al mejor ritmo posibles. En un extremo de la cadena, los individuos; en el otro, las materias primas. De un lado, los seres despersonalizados, desindividualizados, marcados, tatuados, sin otra identidad que su desnudez; de otro, cabello para tejer la ropa de los soldados en el frente, grasa para hacer jabón, oro arrancado de las bocas para recuperar ese valioso metal en los atanores. División del trabajo, producción en cadena, productividad, reinversión, gestión de las energías, adaptación de las tecnologías a unas exigencias de rentabilidad cada vez mayores. Y todo apunta a la muerte, a los muertos, millones de muertos. A eso hay que añadir la ocupación, la guerra abierta, las persecuciones salvajes. Más y más muerte. ¿Se hablará algún día de todo lo que el nazismo debe, en su locura, al maridaje entre Tánatos y el capitalismo, las juergas desaforadas y la teratología sin nombre?

XLI
LA MÁSCARA MORTUORIA

De viaje en Sils Maria, en la Alta Engadina suiza, adonde había acudido, una vez más, en pos de la sombra de Nietzsche, creí ausentarme del mundo al contemplar su máscara mortuoria. Alto, delgado, imbuido de esa extraña quietud que moldea el rostro después de años de nomadismo geográfico e intelectual, el filósofo de Röcken absorbía el tiempo y se alimentaba de expectación. Pude observarlo en una fotografía. La luz se apoderaba de la cámara oscura, como en una suerte de incesto mitológico, a fin de restituir en el papel impreso un tono anaranjado que recordaba a las llamas que consumieron al padre de Zaratustra, quien tuvo en aquel lugar la revelación del eterno retorno.

XLII
EL FILÓSOFO APLASTADO

Althusser lo recibió varias veces en el recinto psiquiátrico donde había sido confinado de resultas de su gesto homicida; nunca tuvo la impresión de estar tratando con un hombre devastado, destruido y desequilibrado; ignoraba asimismo que había intentado ya suicidarse arrojándose bajo un camión que, sin embargo, no logró acabar con su cuerpo. Nicos Poulantzas logró a pesar de todo salirse con la suya saltando desde lo alto de la Torre Montparnasse.

XLIII
LOS RESTOS DEL ZAR

En Leningrado, donde adoctrinaba a los turistas, la intérprete contaba a quien quisiera oírla que aún se seguía ignorando dónde habían sido depositados los restos del último de los zares y de su familia. Me propuse ayudarla informándole de lo que en Francia enseñan los libros de texto, pero ella me lanzó una mirada de buen chequista[9], de esas que avisan por última vez a su víctima antes de meterle una bala en la nuca —a su juicio, lo que yo me disponía a decir no eran más que fruslerías, propaganda y mentiras de occidentales—. ¿Ignoraba la intérprete que, recluida, deportada, trasladada, la familia imperial terminaría siendo ejecutada en su totalidad? Nicolás II, su esposa y sus cinco hijos, sin olvidar a los sirvientes —he ahí el bolchevismo antes de la llegada de la solidaridad proletaria—, fueron abatidos a tiros. Transportados en mantas, los cuerpos fueron escondidos en el pozo de una mina antes de que los chechenos se ensañaran a golpe de hacha con sus cadáveres, que fueron rociados con gasolina y posteriormente quemados. Las cenizas fueron esparcidas sobre extensiones pantanosas para disuadir a los interesados de la desafortunada idea de levantar una escultura en su recuerdo y hacer de ella un lugar de culto y peregrinación. ¿Ignoraba también aquella mujer con madera de Comisario del Pueblo que la memoria es la sepultura más segura y que semejantes fortificaciones nunca podrán ser abatidas, a menos que otro holocausto acabe con todos o que sobrevenga el apocalipsis?

XLIV
MARTE EN SUIZA

Siendo consciente del cáncer que lo carcome, Fritz Zorn escribirá un único libro titulado *Bajo el signo de Marte* para escupir su odio a la higiene suiza, a la familia suiza, a los buenos sentimientos suizos, a la culpa suiza, a la moral suiza. Y luego morirá, en Suiza.

XLV
LA ESCENA OPERISTICA

Se muere mucho en la ópera. Y me complace bastante la forma heroica que tienen unos y otros de ir al encuentro de su destino en las escenas de cariz más teatral. Salomé realiza su danza del vientre, excita al rey y a los soldados y obtiene la cabeza de san Juan Bautista para cobrarse el beso que él acababa de negarle —antes de morir aplastada bajo el escudo de la soldadesca—; Tosca es fiel, rebelde, histérica y grandiosa —luego se precipita desde lo alto del castillo de San Ángel en Roma para unirse en la muerte a su bienamado Mario—; Brunilda, después de muchas peripecias teutonas y emboscadas germanas, se arroja a una hoguera, llevándose con ella el poder del anillo del nibelungo; Don Juan termina en el infierno después de una vida disoluta —pero no sin haber rechazado la absolución, es decir, prefiriendo morir como un libertino que vivir como un santo—; Carmen prueba el acero de la daga, etcétera. De pronto siento ganas de conocer a Lulu, para comprobar si se parece a quien yo creo…

XLVI
EL CEMENTERIO DANÉS

Aquel año, me dirigí a Copenhague para cubrir de flores la tumba de Kierkegaard. El cielo era muy gris, de color de plomo, los tejados verdes y el ritmo, de una lentitud asombrosa, generaba si no melancolía, al menos sí un ligero ambiente de tristeza. Topé con todos los escollos del mundo antes de encontrar la sepultura, mientras mi mal inglés se mezclaba con lo que los autóctonos tomaban ciertamente por un intento de penetrar en su lengua, ya que Kierkegaard significa para ellos algo así como «el jardín de la iglesia» —o, más bien, «el cementerio…»—. *Quid pro quo*. Logré sin embargo recabar la información que necesitaba. Era un lugar tranquilo, de un verde generoso, relajante, que transformaba ese terreno lleno de tumbas en un jardín para pasear, meditar, descansar. Sobre la losa donde figuraba el nombre del filósofo, detrás de una austera cerca de hierro forjado, alguien había depositado ya un ramo de rosas.

XLVII
MORIR SOLO

Me complace pensar que, en el momento de su muerte, poniendo en escena su propia desaparición, Sócrates hubiera insistido en enviar a casa a Jantipa, su esposa. Me resulta menos grato constatar cómo el gesto apuntaba más bien a una suerte de teatralización: Sócrates quería morir —como una estrella— ante testigos y bajo la mirada de algunas cuantas personas bien elegidas. Pienso no obstante que hay que morir solo, como se ha vivido, gozado, sufrido, amado, envejecido o pensado; solo, desesperadamente solo. Quienes echen a perder ese momento merecerían una maldición perpetua.

XLVIII
EL HOMBRE DECAPITADO

Me gustan los monjes premonstratenses de la abadía de Juaye-Mondaye, cerca de Caen, tanto por sus hábitos blancos como, sobre todo, por su forma de reclamarse admiradores tanto de Rabelais como de san Norberto. Fue en su refectorio donde vi un lienzo de Vladimir Velickovic, de varios metros de extensión, que representaba horizontalmente el cuerpo de un hombre decapitado descansando sobre una camilla. Durante unos instantes, el tiempo de entrar en el cuadro y de salir de él, fui ese hombre con la garganta cortada. En los minutos siguientes, me sentía incapaz de deshacer el nudo que tenía en el fondo de la garganta, ni de recuperar la ductilidad de mis músculos después de los espasmos que la visión de aquel lienzo había inducido en mí.

XLIX
EL CRÁNEO DE MI MADRE

Mi madre sufrió un grave accidente de tráfico en el que el conductor encontró la muerte y el otro pasajero, la locura. Ella resultó herida, si no en su carne, desgarrada, al menos sí en su ánimo —puede de hecho que su alegría muriese aquel día—. Al entrar en la habitación del hospital, vi su rostro hinchado y cubierto de costras parduzcas, la barbilla cosida, los ojos ahogados en lágrimas aunque inyectados en sangre. Me miró. Su brazo estaba destrozado, esperando un injerto; su pelvis, rota; su boca, desdentada. Un médico entró en la habitación, abrió un gran sobre que llevaba en la mano y sacó una radiografía que restalló en el aire al ritmo de los movimientos de su muñeca. Levantándola por encima de su cabeza, en dirección a la luz, descubrió ante mis ojos el cráneo de mi madre —que yo nunca había dado en imaginar más que sepultado bajo la tierra, mucho después de su muerte.

L
LA DURACIÓN DEL MILENIO

Anticipar mentalmente la propia muerte es también una forma de conjurarla. Durante sus noches de insomnio, Hitler abocetaba proyectos arquitectónicos dantescos: arcos del triunfo monstruosos, avenidas desmesuradas, edificios oficiales aplastantes, todo con el propósito de mostrar la omnipotencia del Estado sobre los individuos. Para dar vida a estos monstruos estéticos, imaginaba primero qué efectos producirían mil años más tarde, cuando no fueran más que ruinas. Por fortuna, el milenio fue breve y las piedras sufrieron un mayor daño por los bombardeos que por el deterioro suave pero constante de los muertos que llegan puntualmente a su cita.

LI
UN BRINDIS POR EL DIFUNTO

Durante el funeral de Beethoven, Schubert sostenía uno de los cordones del paño mortuorio. Después de la ceremonia, se reunió con unos amigos en torno a una botella de Tokay y propuso un brindis por el próximo cliente del sepulturero. Ese fue él.

LII
EL HUECO EN EL ALMA

A raíz de su muerte, descubrí que ésta podría definirse como una suerte de ausencia siempre presente; huecos en el alma.

LIII
LISTAS FÚNEBRES

El padre de Pascal —que tan bien traduce a Naoya Shiga— me hablaba alegremente de libros, cocina y vino; la madre de Patrick —buen amigo, que me obsequia con toda su paciencia— tenía gestos que hoy encuentro en el rostro de él; el hijo de Juana y de Daniel —quienes me hicieron conocer el Jasnières[10]— era apuesto en las fotos en las que pude verle; el abuelo de Roland —mi ahijado, a quien amo—, que es también el padre de Jacky —cuya fidelidad y rectitud son formidables—, tenía en sus actos y sus palabras la rusticidad y la fuerza un poco fatigada que veo ahora en mi padre; los padres de Maria-Noëlle —que nunca juzga, siempre escucha y sin cesar comprende— fueron aquellos héroes bohemios, resistentes de la primera hora durante la ocupación nazi, de los que me han hablado varias voces queridas; los padres de Christian —cuyo humor es constante como constante es su delicadeza— poseían naturalmente esa sencillez que caracteriza a las personas auténticas; la abuela de Céline —que aúna en sí la amabilidad de su padre y la tenacidad de su madre— tenía esa voz dulce y esos gestos de generosidad que tan grato recuerdo me dejaron; el padre de Yves —mi primer editor, mi más antiguo aliado y mi gruñón favorito— luce radiante en la foto que descansa en los estantes de su biblioteca; los amigos de mi padre, Francis, obrero agrícola, como él, y Jojo, mecánico anarquista, padre de familia a los sesenta y famoso bebedor de aperitivos, supieron darle su afecto y testimoniarle su simpatía. Luego, ayer mismo, Jeannette, la madre de Marie-Claude, mi compañera, que me deja el corazón agujereado, como ocurre con las madres que elegimos porque nos entregan su afecto a manos llenas y sin esperar nada a cambio. Y, por último, Latzo, el compañero de Jacques, mi amigo pintor, que hacía unos deliciosos pasteles de ciruela y cuyo rostro se me

antojaba hermosísimo. Todos muertos.

LIV
AL FINAL DE LA ESCALERA

Amo los *Heder* de Schubert, Schumann y Beethoven interpretados por Fritz Wunderlich que el festival de Salzburgo acababa de consagrar. Corría el año 1966. En el pabellón de caza donde, a su vuelta, los amigos le daban la bienvenida, Wunderlich preguntó por un teléfono y subió una escalera en construcción para realizar su llamada, encontrando la muerte al caer de la estructura de mampostería.

LV
NATURALEZA MUERTA

Traducida al flamenco, la expresión «naturaleza muerta» deviene en «naturaleza tranquila».

LVI
MAUSOLEO DE CENIZAS

Inusual espectáculo el que refiere Plinio: las cenizas del Vesubio capturando la vida en una suerte de imágenes instantáneas; el perro en su caseta, los hombres en el burdel, los niños en la escuela, los transeúntes en la calle —y los muertos en el cementerio, viejas cenizas fecundadas por cenizas nuevas.

LVII
SOLIPSISMOS

Dos veces, y en dos momentos distintos, llegué a creer, a causa de sendos malentendidos, que había perdido a mi madre y luego a mi padre. En el primer caso, apenas si tenía doce años; en el segundo, veinticinco. Llegó el momento de inquirirme por ello, de aprender del equívoco, y lo primero que descubrí fue que, en medio de estos apocalipsis de una media hora de duración cada uno, el tiempo había seguido fluyendo con insolencia, y que, para mi sorpresa, la vida de los demás no se había visto afectada.

LVIII
LA NOTA COMO TUMBA

La primera aparición de mi nombre en una revista filosófica se la debo a mi antiguo maestro de filosofía antigua, el profesor Lucien Jerphagnon. Había escrito un artículo sobre los suicidios por miedo a la muerte en la antigua Roma. Yo apenas le había dado dos o tres referencias, pero él había tenido la extrema elegancia de agradecérmelas en una nota a pie de página. Desde entonces, lee todos mis manuscritos antes que el editor, con el ojo de un padre y la pluma de un experto. El suicidio nos unió hasta la muerte.

LIX
VANIDADES BARROCAS

Paschal de l'Estocart es un compositor cuya obra me atrajo desde que leí el título de una de sus piezas, antes incluso de haber podido escuchar los primeros compases. Se trataba de los *Octonarios de la vanidad del mundo*, en los que puede oírse lo siguiente: «¿Qué monstruo tengo ante mí, que tantas cabezas tiene, tantos oídos, tantos ojos de diferentes clases; cuyo hábito está sembrado de verdor por delante, mientras que por detrás sólo reviste un oscuro negror; cuyos pies se deslizan sobre una bola esférica, rodando con el tiempo, que se lo lleva presto mientras la muerte pisa sus talones lanzándole sus flechas? Como lo veo ahora, lo vi entonces. ¿Qué era pues? Era el mundo»[11]. Lástima que tanta lucidez se vea arruinada por la apologética cristiana que cierra la obra. En el Barroco, la muerte habría logrado sublimarse si hubiera servido para algo más que para convencer a los descreídos de la necesidad de observar una vida piadosa mientras se aguarda la llegada de la muerte. Puesto que la muerte es la única certeza que tenemos, es de gozo de lo que hay que llenar esa espera.

LX
SIDA

Un gran silencio separa el primer tomo de su historia de la sexualidad de los dos últimos volúmenes que escribió: entre ambos, Michel Foucault había contraído el sida que acabaría con él.

LXI
PROVERBIO YIDDISH

«El ángel de la muerte extermina y se marcha santificado».

LXII
LA PARCELA DE MI PADRE

Cada primavera, mi padre me llevaba con él a plantar patatas en su pequeña parcela. Las alondras cantaban alto en el cielo. Yo era un parlanchín imprudente y le hacía multitud de preguntas. Él era taciturno, y en ocasiones dejaba escapar un resoplido para manifestar hasta qué punto lo aturdían mis palabras. Allí, en medio de un silencio atravesado por el canto de los pájaros, el viento y las horas tañidas una a una en la iglesia que ascendían hasta la llanura naciente, me contó «El labrador y sus hijos». Luego, «La muerte y el leñador». **[12]**

LXIII
LA DENTADURA POSTIZA DEL MISÁNTROPO

En uno de sus cuentos[13], Maupassant pone en escena el cadáver de Schopenhauer en su cámara mortuoria: el trabajo de la descomposición sobre el cuerpo del filósofo produce, no se sabe cómo, la eyección de la dentadura postiza de su boca. Un último escupitajo del misántropo sobre esa humanidad a la que acostumbraba injuriar.

LXIV
CONVERSIONES POR TÁNATOS

Las mujeres conducen mucho más firmemente a la conversión que cualquier sermón de Bossuet, o cualquier apologética basada en la mera retórica. Pero con una sola condición: deben, como mínimo, tener un pie en la tumba. En el peor de los casos, ambos. Así, Ramón Llull, filósofo catalán, pretendió durante mucho tiempo a una mujer que un buen día decidió concederle sus favores. Ella desanudó su blusa con delicadeza, y luego descubrió el cáncer que le consumía uno de sus pechos. Llull huyó a toda prisa, abandonó la corte de Jaime II de Mallorca donde había tenido lugar el encuentro y se retiró para hacer penitencia.

Otro caso bien conocido atañe al abad trapense Armand de Raneé, cuya vida era más bien disoluta. Una noche, cuando se disponía a visitar a su amada, *madame* de Montbazon, descubrió un indecible cafarnaún en su alcoba. Su pie golpeó algo pesado: era la cabeza de la duquesa, muerta súbitamente. Los empleados del servicio fúnebre, al no lograr introducir el cuerpo en el ataúd, decidieron separar la cabeza del tronco. Tras contemplar esa escena, el libertino resolvió entrar en la Trapa, donde terminó siendo un austero reformador de la vida monástica.

LXV
EL AUTÓMATA Y LA NIÑA

El gran pesar de Descartes fue la pérdida de Francine, su hija de cinco años. Quienes lo frecuentaron por aquel entonces afirman que el filósofo fabricaba autómatas que obedecían todo tipo de órdenes: caminar, saltar, saludar, hacer piruetas y cabriolas. Uno de ellos estaba colocado debajo de una pequeña campana, sobre un cojín. Su nombre era Francine.

LXVI
ANATOMÍA DE UN COMPOSITOR

Los padres de Berlioz habían previsto que su hijo se consagrase al ejercicio de la medicina, lo que casaba mal con el temperamento del compositor. Sin embargo, este prosiguió con sus estudios a fin de convertirse en galeno, y, un día, aprovechando que uno de sus amigos había comprado un cadáver, tuvo ocasión de hacer una disección. En sus memorias, describe la visión apocalíptica que le sobrevino en el anfiteatro del Hospicio de la Piedad: «El aspecto de aquel horrible osario humano, con todos aquellos miembros esparcidos, las muecas de aquellas cabezas, aquellos cráneos abiertos, la cloaca ensangrentada sobre la que pisábamos, el olor mareante que se respiraba, los gorriones que se acercaban en grupo para disputarse trozos de pulmón, las ratas que roían en sus rincones vértebras sangrantes, todo ello me produjo tal espanto que, saltando por la ventana del anfiteatro, me di a la fuga y corrí con toda la rapidez que me permitían las piernas, como si la muerte y su horrible séquito me pisaran los talones, hasta llegar a mi casa»[14]. Le siguieron veinticuatro horas de conmoción y emoción. El amigo quiso rentabilizar la carroña y animó a Berlioz a volver al hospicio, que accedió a ello, pero sólo para descubrir que podía superar el miedo: «Permanecí perfectamente calmado y no experimenté absolutamente nada más que una fría aprensión. Como un estudiante veterano, ya me había familiarizado con aquel espectáculo. Todo había pasado. Me divertí, incluso, hurgando en el pecho entreabierto de un pobre muerto para dar su ración de pulmón a los huéspedes alados de esta encantadora estancia. "¡Enhorabuena!", me dijo Robert entre risas. "¡Te estás volviendo humano!". *Al más pequeño pajarillo alimentas con su ración./ Y mi bondad se extiende a toda la creación*[15], repliqué yo, arrojando un omóplato a una rata gorda que me miraba con cara de

hambre». Y Berlioz retomó sus clases —aunque no por mucho tiempo—. Escuchó a Salieri en la ópera, y luego estudió a Gluck en la biblioteca del conservatorio. Poniendo fin a la osteología, el compositor consumó su conversión a la música.

LXVII
CAMBIO DE MONEDA

Nací el 1 de enero de 1959, con el nuevo franco. ¿Cuándo voy a morir? Y ¿de qué nuevo hallazgo monetario seré contemporáneo?

LXVIII
EL ATAÚD DE LOS LIBROS

Una anciana oriunda del pueblo de mi infancia, una mujer sin par, se me había presentado siempre como una loca un poco peligrosa, si no maníaca e impredecible. Vivía sola en una casa grande. En su fachada, el inmueble —que había servido también como cuartel general de la Gestapo durante la última guerra— exhibía un hermoso friso de esmaltes policromados. Para mostrar lo trastornada que estaba, solía contarse de ella que, a la muerte de su marido, había depositado algunos libros en el ataúd del difunto para suavizar las secuelas de su muerte. Por esa misma razón, aquella anciana me resulta hoy simpática —y su gesto de amor aún me conmueve.

LXIX
LA CULATA DE UN FUSIL

Todos mis insomnios, y son muchos, principian con una imagen recurrente, obsesiva y excéntrica: veo el gesto de una mano que rearma la culata de un fusil y oigo el chasquido seco que acompaña a tal movimiento. Con la intención de disparar ¿contra qué? Seguramente contra lo que agranda la brecha entre el sueño y yo —fantasmas, recuerdos, tristezas, añoranzas.

LXX
DESTRUIR A LOS IRAQUÍES

Destruir, dice, hay que destruir a Sadam Husein, es decir, Irak, es decir, a los iraquíes: niños, yacimientos arqueológicos, paisajes fantásticos, personas inocentes, condenados a muerte. Pienso a menudo en los muertos de esta guerra: diez o veinte mil. Luego en el cinismo de los que nos gobiernan, en su desvergüenza. Peor aún, en los intelectuales que han llevado las maletas del Pentágono. Recuerdo que uno de ellos, uno de los que cuentan, uno de los diez o veinte elegidos que dan forma al espíritu de la época, ponderó ante mí las ventajas de una bomba atómica sobre Bagdad. No olvidaré durante mucho tiempo el odio dibujado en sus ojos. Hubo decenas de miles de cadáveres, y ni una palabra de arrepentimiento. La cópula entre el Príncipe[16] y el intelectual es siempre teratológica.

LXXI
LAS LÁGRIMAS DE STALIN

A la zaga del cortejo fúnebre que conducía a su hija hacia el cementerio, Joseph Stalin, sollozando, no conseguía contener las lágrimas.

LXXII
MI LECTOR

Me había enviado una hermosa carta que no invitaba a ser respondida: no había dirección alguna en su nota, como tampoco en el reverso del sobre. Ni rastro del doblete con el que algunos se aterran incansablemente a sus misivas. Simplemente, le gustaban mis libros y así me lo decía. Quise de inmediato corresponderle. Su firma era legible: dos iniciales y el apellido de un escritor famoso. El sello postal fue de gran ayuda: supe en qué pueblo, a qué hora y en qué departamento había metido su carta en el buzón. Él recibió la mía. Desde entonces, intercambiamos nuestros sufrimientos, nuestras tristezas, nuestras penas y nuestras desgracias. Lloré mientras leía la carta en la que me ponía al tanto de aquel estúpido accidente que ocasionó la muerte de su hija y, a partir de entonces, de su desazón por la vida, de sus nulas ganas de seguir adelante. A veces me envía una caja de vino; a cambio, sólo tengo para devolverle mis pobres palabras. Sus cartas son fragmentos de un diario íntimo, fechados con día y hora, o citas extraídas de libros ya leídos, releídos y amados, cuando no sea lo mismo. Jean-Claude Camus —fraternidad en la condolencia.

LXXIII
EL APELLIDO DESOLLADO

En cierta ocasión, mi padre me llevó con él a un cementerio campestre abandonado por los vivos —esos que le hacen decir a Baudelaire que los muertos «sufren grandes dolores»—. Sobre la tumba de un viejo tío suyo, debía colocar una placa de hierro fundido con su nombre y sus fechas de nacimiento y muerte. El antepasado tenía un hermoso bigote blanco, y gustaba especialmente de las mujeres y el aguardiente, del que se echaba al gaznate, ya octogenario, un litro al día. Mi padre sacó el objeto de su envoltura de papel de periódico. El difunto respondía al nombre Henri Chorin, pero el marmolista había grabado mal su apellido: Henri Chopin. Yo no era capaz de entender por qué un error semejante había hecho enfadar a mi padre. Hoy, hasta lo encuentro divertido.

LXXIV
EL CEMENTERIO DE MI PUEBLO

Ateo convencido, materialista redhibitorio y desilusionado congénito, no me importa si mi cadáver está enterrado aquí, allí o en cualquier otra parte. ¿Por qué entonces me ha dado por pensar que en el cementerio de mi pueblo natal, no lejos de la torre del homenaje, entre los prados donde de niño me divertía y el trigal donde jugueteaba de adolescente, la tierra sería buena para acoger la putrefacción de mi cuerpo?

LXXV
EL LIMBO

Los teólogos y Padres de la Iglesia católica debieron ser necesariamente unos sujetos de lo más perverso, pues inventaron el limbo —un espacio en extremo particular, situado en el límite, fuera del paraíso, fuera del purgatorio, fuera del infierno— para dejar que sufran y se pudran en él las almas de los niños fallecidos sin haber recibido el bautismo…

LXXVI
MORTALIDAD DE LOS SOLTEROS

En la actualidad, el récord de longevidad está en manos de Florence Knapp, nacida el 16 de octubre de 1873, y que murió ciento catorce años más tarde, en enero de 1988. Knapp era soltera, lo que da la razón a Kant, para quien el matrimonio compromete seriamente las posibilidades de llegar a viejo.

LXXVII
LA VÍSPERA DEL DUELO

Évariste Galois murió en un duelo, a la edad de veinte años, por defender el honor de una mujer que no lo merecía. La noche anterior al combate, y por tanto a su fallecimiento, elaboró su testamento matemático: la proximidad de la muerte le dio alas, y el texto le granjeó su reputación internacional.

LXXVIII
FLORES DE CAMPOSANTO

El ramo ideal para una tumba: el que está hecho de helenium. Perenne, amarillo y áspero. Es decir: llanto, memoria y luto. En su absoluto mutismo, las flores hablan.

LXXIX
LOS MUERTOS VOLUNTARIOS

Entre burdeos y champán, una noche, Jude Stéfan me confió que estaba escribiendo un breve texto sobre los suicidas, un catálogo de los que él sabe hacer tan bien sobre quienes deciden morir voluntariamente. Acompañó su frase con un hermoso gesto y una sonrisa acorde a la ocasión.

LXXX
DEL CANIBALISMO POLÍTICO

Al vulgo le gustan los espectáculos sangrientos y la venganza directa. Raramente audaz, se hace ver sin embargo en las coyunturas políticas. Y sus gestos son simples, fáciles de entender. Así, en 1792, masacró a la princesa de Lamballe, clavó su cabeza en una pica y la paseó bajo las ventanas de María Antonieta. Luego su cuerpo fue despedazado y parcialmente engullido por la multitud. En Caen, se celebró un banquete semejante con el cadáver del vizconde de Belzunce: eviscerado, despedazado, su corazón fue arrancado y convertido en una pelota. Una oreja fue llevada al boticario, que la sumergió en un frasco de alcohol. El ciudadano Hébert asó un pedazo del vizconde en una parrilla, y *madame* Sosson, que había tenido el honor de dar a luz a uno de los futuros alcaldes de Caen, supervisó la cocción, no sin añadir a la barbacoa el músculo aún palpitante que había recuperado del suelo.

LXXXI
LOS ZOMBIS

En Haití se induce en ciertos individuos [17] un estado de catalepsia cercano a la muerte por medio de la administración de tetrodotoxina, un veneno obtenido a partir de las pústulas de los grandes sapos. Enterrados primero para ser exhumados a la postre, estos sujetos cuyo metabolismo se adapta a las circunstancias son desprovistos de su identidad mediante una intoxicación derivada de la decocción de la datura. Con la ayuda de un buen farmacéutico, el lector sabe ahora cómo proceder si desea explorar de primera mano las beatitudes del zombi.

LXXXII
AGUARDIENTE

En el país de Auge, un hombre sumergió el cuerpo de su mujer en un ataúd de plomo lleno de aguardiente. ¿Había sido embaucado por la eterna promesa implícita en el nombre de la bebida [18]? La imagen de aquel extraño confite me sobreviene a veces al ver trozos de fruta nadando en frascos de alcohol.

LXXXIII
SEGURO DE VIDA

Se sabe que ciertos pueblos han practicado el holocausto como una suerte de privilegio que permitía acompañar al difunto en su viaje: con el finado, se sacrificaban mujeres, esclavos, caballos y riquezas. ¿No era esa la genealogía de los seguros de vida? La certeza de que la muerte del marido suponía una tragedia para su esposa y sus criados, cuyo bien radicaba, así pues, si no en la inmortalidad del amo, al menos sí en su subsistencia, en una vida larga y feliz: he ahí la persuasión en estado puro.

LXXXIV
MÁQUINAS DE MATAR

Extraño caso el de Leonardo da Vinci, ese hombre un poco dandy, con sus túnicas rosas, su barba y su cabello bien cuidados, que planeaba no obstante, igual que un fanático, desarrollar o fabricar armas de guerra, máquinas de matar: la falárica, máquina de manivela que proyecta una jabalina con púas; la ronfea, una mezcla de espada y pica; el escorpión, propulsor de todos los proyectiles posibles e imaginables; el múrice, especie de metralla compuesta por clavos y cuchillas que vuelan por el aire. Cuando no estaba diseñando objetos, Da Vinci empleaba su inventiva en pergeñar otros proyectos, como el de ahogar en masa a los turcos atacando el casco de sus barcos. Imagino hoy a un hombre en cuya figura se congregasen el poeta de talento, el músico avezado, el pintor de genio, el singular arquitecto, el anatomista intrépido y el astrónomo brillante, perfeccionando la bomba termobárica que mató tanto y tan rápidamente en Irak.

LXXXV
DEL COCHE FÚNEBRE A LA ESCUELA

Tras de la verja del patio de la escuela primaria, vi pasar, siendo niño, un coche fúnebre seguido de un cortejo de personas desconsoladas, indiferentes o que ponían cara de circunstancias. Los caballos y las ruedas con llantas de hierro del hipomóvil aplastaban la grava de la carretera. El cochero era un hombre circunspecto, aunque en su gesto se adivinara la satisfacción del trabajo bien hecho; apenas creía en ello; en conjunto, no obstante, todo daba el pego. Yo tenía siete u ocho años y mi destino estaba pasando ante mis narices, pero volví al estudio de mis tablas de multiplicar, pues acababa de sonar la campana.

LXXXVI
EL DESTINO DE UN FETO

¿Adonde iría a parar el feto de ese niño muerto, abortado, por haber sido engendrado bajo el fervor de inocencias e ingenuidades confusas, y de partes malditas [19] trufadas de inconsciencia?

LXXXVII SIGNOS *POST MORTEM*

Experiencias dolorosas: escuchar en el contestador la voz de una persona que acaba de morir; recibir una carta de ella, o para ella.

LXXXVIII
LA TUMBA DE LOS AMANTES

Eloísa había hecho saber que después de su fallecimiento quería que su cuerpo fuera depositado en la tumba donde descansaba ya el de Abelardo. Aunque castrado, se dice que el filósofo acogió el cuerpo de su amada abriendo los brazos de par en par, dándose así un respiro en la muerte.

LXXXIX
HOSPITALIZACIÓN

Después de un mes de hospitalización por un infarto que casi me mata, regresé a mi casa. Redescubrí así los espacios, los objetos familiares, el despacho y el desorden que reinaba en ellos, tal y como era realmente. Entonces reparé en cómo habría dejado las cosas si por casualidad la broma hubiese ido más lejos y hubiera muerto ese 30 de noviembre. Estábamos a dos días de Nochebuena, una fiesta que siempre me ha resultado una lata pero que ese año se me antojó como una suerte de prórroga, un error. Desde entonces, no he podido librarme de esa idea. Mejor así.

XC
CÁLCULOS

¿Cuántos se alegrarán de mi muerte? ¿Cuántos se asombrarán o se sorprenderán? ¿Cuántos se mostrarán entristecidos, realmente consternados? ¿Y cuánto durará esa tristeza?

XCI
LA ISLA DE LOS MUERTOS

En Venecia, en la isla de los muertos, Isola di San Michele, me gustó la sobriedad de la tumba de Stravinski, su blancura, los olores de la laguna y de las coníferas —cuyos frutos caídos alfombraban el suelo—. A lo lejos, el ligero sonido de los barcos que pasaban cerca de la isla. Aquí, el silencio, después de la furia pagana de *La consagración de la primavera*.

XCII
MIS OJOS

Cierto proverbio dice que el pez comienza a pudrirse por la cabeza; lo mismo le ocurre al hombre. Y la muerte tendrá mis ojos… **[20]**

XCIII
LA MUERTE EN MÍ

Antes incluso de haber nacido, todos tenemos edad suficiente para morir: basta con ser un feto. Ahí comienza una lenta desintegración. Siento y conozco la muerte en mí: mi esqueleto a la espera de aparecer en todo su esplendor; mis arterias que se endurecen poco a poco; la grasa que se acumula y luego asfixia mis células; la piel que se distiende, se fatiga y se arruga; la dentadura que se deteriora y que es preciso arreglar. Una parte de mi corazón que ya ha muerto viaja en mi interior; ahí el cansancio avanza más rápido. La muerte progresa. Buena señal.

XCIV
EL JUBÓN DEL NIGROMANTE

Escultor y nigromante, Silvio Cosini, contemporáneo de Parmesano, era también sacristán. De algún modo hay que ganarse la vida. Una noche de inspiración, desenterró el cadáver de un ahorcado recién enterrado para hacer un estudio anatómico. Luego lo examinó y le quitó la piel, haciéndose con ella un jubón que creía dotado de las mayores virtudes. Se paseaba por las calles de Pisa exhibiendo la prenda sobre su camisa. Un día se lo contó a su confesor, y fue este quien lo invitó a devolver aquel jubón de piel a la tumba de su propietario, exhortación a la que Cosini se avino. Los sacerdotes no tienen sentido del humor.

XCV
EL ESPERMA DEL MUERTO

Al decapitar al macho que la monta, la mantis religiosa no obedece a ningún deseo sádico, sino simplemente a una necesidad biológica: porque el cerebro del hombre es portador de sustancias que inhiben la eyaculación. Al suprimir la inhibición, se hace fecunda la cópula, al tiempo que se prohíbe al decapitado ser de nuevo útil y capaz. Qué extraña costumbre. Se sabe de otros insectos igualmente desafortunados porque, al no disponer la hembra de órganos sexuales, el macho la fecunda simplemente perforando su abdomen. ¿Habría que ver en ello alguna clase de lección?

XCVI
EL CEREBRO DE LA AMADA

Eric, mi amigo cardiólogo, me explica que dejó de lado la neurocirugía a favor de su actual especialidad el día en que tuvo que diseccionar el cerebro de una hermosa mujer que había sido su paciente y acababa de morir.

XCVII
ANDREA DE LOS AHORCADOS

Andrea del Castagno es sobre todo conocido por haber plasmado plásticamente la energía que opera en el cuerpo humano entendido como una máquina, desde el *quattrocento*. Le gustaban la belleza viril, los rostros feroces y graves, el detalle de los músculos, los tendones, los nervios y las líneas de tensión y de tracción de los cuerpos. Lástima que se perdieran las pinturas que hizo de los ahorcados, de los ejecutados, cuyas efigies se exponían en los muros de las iglesias, de las casas y de los edificios públicos para prevenir y edificar a toda suerte de criminales en potencia. Esta labor le valió el sobrenombre de Andrea degli Impiccati, Andrea de los Ahorcados.

XCVIII
MÚSICA NEGRA

La Segunda Guerra Mundial suscitó pocas obras musicales conmemorativas. Un *Réquiem* soberbio de Britten, un glacial *Dies irae* de Penderecki, pero sobre todo obras de Shostakóvich, en particular los cuartetos 3, Op. 73 y 8, Op. 110 que evitan la figuración o el expresionismo para poner en práctica la disonancia, el golpe de arco brutal, el vals macabro, las cuerdas graves y el registro oscuro; ecos del réquiem al servicio de una arquitectura circular fascinante. Tal es el color de la muerte causada por las guerras.

XCIX
LA VOZ AUSENTE

«Me gustaría oír su voz», me dijo ella dos meses después de la muerte de su madre.

C
MI CADÁVER

Si le parece bien a quienes corresponda, después de mi muerte podrán jibarizar mi cabeza, separar mi cráneo de la piel que lo cubre, secarlo, horadarlo, voltearlo y llenarlo de arena o de piedras ardientes antes de suturar la abertura. A continuación, será posible depositarlo en la repisa de una chimenea o sobre un televisor. También existirá la posibilidad de embalsamarme, sacarme los sesos por las fosas nasales con un gancho, llenarme por donde pueden imaginarse de aceite corrosivo, destriparme, desengrasarme, deshidratarme con sal y envolverme con vendas. Podrán comerme igualmente hervido, tostado o asado; a su elección. Basta con despiezarme con esmero, echar los trozos a una olla llena de agua y hierbas aromáticas o disponerlos en una parrilla, sobre un fuego de leña. Quizá en ese momento, al oír crepitar mi grasa sobre las brasas ardientes, los comensales piensen en lo que fui. Acaso prueben mi corazón por mi valor, mi cerebro por mi inteligencia o mis testículos por mi fecundidad. Pero es muy probable que todo ello sea en vano. De igual modo, pueden criogenizarme y brindarme un sueño acuático en una solución de nitrógeno líquido, esperando un futuro mejor con médicos menos desilusionados y desprovistos ante la enfermedad. Finalmente, se me podrá hornear un buen rato para lograr una cremación digna de tal nombre: mil grados después del precalentamiento, vendrá la combustión del ataúd y por fin la deshidratación. Seguidamente, se procederá a bajar la temperatura para evitar que mis huesos se conviertan en porcelana, y luego se esparcirá el kilo y medio de mis cenizas al viento, en un lugar cualquiera. Si se prefiere una alternativa más clásica, para concluir, podrán abandonarme en la tierra para que me confunda con el polvo común, no sin pasar previamente por un proceso de descomposición, cianosis, ablandamiento y licuefacción. En función

del terreno, tardaré entre tres y seis años en no ser más que un montoncillo de huesos, listo al fin para mineralizarme. Podrán hacer todo eso o cualquier otra cosa. Poco me importa. Confiado por completo a la nada que sucede a la muerte, más valdría, creo yo, preocuparse de lo que ocurre antes de que esta sobrevenga, y no después. Después, nada. Antes, todo; lo esencial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE
Ars moriendi
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN SALAMANCA POR CUENTA DE
FIRMAMENTO EN OCTUBRE DE 2022

Michel Onfray (Argentan, Francia, 1959) es doctor en filosofía. Ha desarrollado su trabajo teórico en torno al hedonismo, el ateísmo y la construcción de la identidad. Autor de más de un centenar de obras traducidas a numerosos idiomas, es fundador asimismo de la Universidad Popular de Caen y de los medios independientes *michelonfray.com* y *Front populaire*. Entre sus libros publicados en español, cabe destacar *El vientre de los filósofos, Antimanual de filosofía, Cinismos, La escultura de sí, Tratado de ateología, La fuerza de existir, Política del rebelde, Teoría del cuerpo enamorado, Contrahistoria de la filosofía*, compuesta por varios tomos, *Cosmos. Una antología materialista*, o *Thoreau, el salvaje*.

Notas

[1] Onfray propone un juego de homonimia a partir del significado literal de *chausson*, que puede traducirse como «zapatilla» o «pantufla». (*Todas las notas son del traductor*). < <

[2] Sombras o almas de los difuntos a las que los antiguos romanos rendían culto. < <

[3] En veneciano en el original. < <

[4] Capital del distrito, según la división administrativa francesa. < <

[5] Locución latina que podría traducirse como: «a la manera de un cadáver». < <

[6] Sustantivo derivado del griego *philo* (amor) y *doxa* (opinión o creencia), y que podría traducirse como «el que ama opinar» o «el que ama la opinión». < <

[7] Así (*la gáteuse*) la apodaría Louis Aragon en un panfleto difundido en octubre de 1924 y dirigido contra Anatole France. Algún tiempo después, en enero de 1925, el poeta francés se vio obligado a explicar con más detalle aquella frase *inocente*, deslizada en tono de broma, pero que reflejaba la «poca simpatía» que el grupo surrealista sentía por el gobierno bolchevique, «y con él por todo el comunismo». < <

[8] El mismo día en que Althusser fue procesado, de hecho, el juez archivó las diligencias siguiendo los dictámenes de tres expertos, quienes argumentaron que había cometido el asesinato en un acto de locura. < <

[9] Miembro de la Checa, la policía secreta bolchevique, responsable de instaurar el Terror Rojo en Rusia. < <

[10] Vino blanco característico de la región del Valle del Loira. < <

[11] El texto original versificado, de timbre moralizante, es obra del teólogo y poeta francés Antoine de la Roche Candieu (1534-1591), situado en la encrucijada del Renacimiento y el Barroco. < <

[12] Fábulas de Esopo y La Fontaine, respectivamente. < <

[13] «Junto a un muerto», publicado por vez primera en *Gil Blas* el 30 de enero de 1883. < <

[14] *Memorias*, Héctor Berlioz. Traducción de Enrique García Revilla. Madrid: Akal, 2017. < <

[15] Racine, *Athalie*, acto 11, escena VII. < <

[16] Referencia indisimulada al célebre tratado de Maquiavelo, según el cual la consecución de los fines de los poderosos, así como su gloria o su supervivencia, pueden justificar el empleo de medios inmorales. < <

[17] Fue popular el caso de Clairvius Narcisse, un ciudadano haitiano cuya presunta «zombificación» alcanzó cierto impacto mediático a principios de los años 80, atrayendo asimismo el interés de la comunidad científica. Narcisse falleció en 1994, el mismo año en que apareció la edición original de *Ars moriendi*. < <

[18] Juega el autor con el sentido original de *eau-de-vie*, «agua de vida», según la fórmula coloquial empleada en francés para designar el aguardiente de frutas. < <

[19] Apunta aquí Onfray al libro homónimo de Georges Bataille *La parte maldita*, y a su continuación, *Historia del erotismo*, que quedaría inacabada. < <

[20] Alusión cómplice al célebre poema del escritor italiano Cesare Pavese: «*Verrà la morte e avrà i tuoi occhi*». < <